

Hay un momento significativo en este orden de consumación de las etapas dinámicas de la disidencia cultural en Rusia y su complejo contexto sociopolítico. El 28 de octubre de 1958, la Unión de Escritores Soviéticos publicaba un comunicado que decía, entre otras cosas, lo siguiente: «Habida cuenta de la decadencia moral y política de B. L. Pasternak, de su traición contra el pueblo soviético y la causa del socialismo, la paz y el progreso, pagado con el Premio Nobel en los intereses de la «guerra fría», Pasternak es declarado desprovisto de su calidad de literato soviético y se le expulsa de la Unión de Escritores Soviéticos de la URSS». Meses más tarde la *Pequeña Enciclopedia Soviética* decía, a propósito de Pasternak: «La novela *Doctor Zivago*, escrita por Pasternak en 1956, fue rechazada por las Ediciones Soviéticas por su carácter reaccionario y antipatriótico. Pasternak entregó su novela a un editor extranjero y la concesión del Premio Nobel en 1958 fue utilizada por los ambientes reaccionarios para ataques calumniosos antisoviéticos». En 1956, en efecto, la novela había sido rechazada por el presidente de la Unión de Escritores, Constantin Fedin y por el entonces redactor jefe de la revista «Novy Mir», el mismo Alexander Tvardovsky que luego tanto y con tanto entusiasmo ayudaría a Solshenitsin y a otros escritores de la propia disidencia. Esta era entonces la postura oficial. Pero ya hubo voces que se levantarían contra ella. Poetas jóvenes en la fase no conformista, como Evtushenko y Vozsnejensky, e incluso el hábil recipiendario de la doctrina del «deshielo», Iliá Ehrenburg. Este último llega incluso a llamar a los enemigos de Pasternak «cocodrilos que vierten lágrimas póstumas sobre la tumba de Pasternak»²².

Una página aún más resonante en el proceso dinámico de la disidencia es la que escribe Alexander Solshenitsin, en una aventura que se inicia a mediados de la década de los sesenta y que no ha acabado aún, a pesar de la lejanía del exilio de los éxitos fuera de Rusia donde al final se le expulsó contra su tenaz voluntad y de la sumersión en la riqueza y el océano de la indiferencia de la gigantesca y dispar sociedad occidental. El otro Premio Nobel soviético de la contestación empezará también por ser acusado, después de sus años de «Gulag» descritos por él admirablemente en extensión geográfica de «archipiélago» y en la intensidad del «Pabellón del cáncer», de publicar sus escritos prohibidos y destinados sólo al *samisdat*, en el extranjero. Pero Solshenitsin no se limita a defenderse. Ataca, con vigor y valentía. Ataca la burocracia de la Unión de Escritores, más odiosa según él que la propia burocracia política del partido. Lo hace en sus cartas a la Unión, del 16 de mayo, 12 de septiembre y 1 de diciembre de 1967 y 16 y 18 de abril de 1968. Además se hace público un revelador documento de la reunión de los 30 secretarios del Secretariado de la Unión de Escritores, el 22 de septiembre de 1967, bajo la presidencia de Constantin Fedin²³. Años más tarde, a fines de 1971, cuando la Editorial Ymca de París publicaría en París la obra maestra de Solshenitsin, «Agosto 1914», el gran escritor declararíatextualmente en el epílogo: «Este libro no puede ser publicado actualmente en nuestra patria, sino en forma de obra del *samisdat*, por motivos de censura, no accesibles a un normal

²² Cfr. ALFONSO STERPELLONE: *Ricordi di Pasternak*, en «Nuova Antología», Roma, mayo 1970, págs. 46 y sigs.

²³ Cfr. SOLSHENITSIN, *Les Droits de l'Ecrivain*, París, Ed. Seuil, 1969.

sentido humano, por cuanto, entre otras cosas, habría sido necesario escribir la palabra Dios absolutamente con minúscula. Yo a esta humillación no me podría plegar». Por otra parte, éste era el primer libro cuya publicación en el extranjero su autor autorizase. Los otros, «Pabellón del cáncer», «El primer círculo», las novelas cortas, salieron según parece por canales editoriales en busca de divisas, de la propia policía secreta soviética.

IX

Se nos ofrece así una amplia documentación de los combates de Solshenitsin con la Unión de Escritores en los años 1967-68 y siguientes, con tensión al rojo vivo al recibir el escritor el Premio Nobel en 1970 y al negarse a ir a recogerlo si no se le garantizara el regreso a la URSS. Valiente y ejemplar postura del escritor. Merece actualizarse, por cuanto a través de su relato, de los libros que dan fe de la actitud todavía más valiente y significativa de Sajarov²⁴ y de algunos textos hermenéuticos de Siniavsky, podemos llegar a una comprensión lo más completa posible de lo que es la naturaleza de la disidencia cultural rusa, definidora y esclarecedora de la «otra cara de la libertad». La cara más ejemplar en los tiempos que corren. En la carta del 16 de mayo de 1967 dirigida a la Unión de Escritores y medios de comunicación rusos, Solshenitsin decía: «La sujeción intolerable a la cual se somete, desde hace decenas de años, nuestra literatura por parte de la censura, no puede seguir siendo tolerada por la Unión de Escritores». Considerada la censura «ilegal» constitucionalmente, por cuanto tanto la Constitución de Stalin de 1936, como la posterior, garantizaba todas las libertades, pero puestas en manos y al servicio del partido único. La censura impone a los escritores la voluntad que emana de «gentes totalmente analfabetas». «Hubo un tiempo en nuestro país en que no se publicaba Dostoievsky, orgullo de la literatura mundial (y aún no está publicado íntegramente); se le excluía de los programas escolares, era inaccesible a los lectores, calumniado en cualquier modo». Esenin fue tratado de antirrevolucionario. Maiakovsky de «vagabundo político anarquizante»; Ajmatova de «poetisa antisoviética». Sobre todos la sombra del recuerdo de Puchkin: «No saben amar más que a los muertos». Esto, a propósito de las escasas «rehabilitaciones» de las víctimas de Stalin. Contra la moral soviética oficial, que pretende que la literatura refleje optimísticamente la sociedad soviética, Solshe-nitsin proclama todo lo contrario: «Una literatura que no se atreva a comunicar a la sociedad sus propios sufrimientos y aspiraciones, que no es capaz de percatarse a tiempo de los peligros sociales y morales que le conciernen, no merece el nombre de literatura».

En su polémica con la Unión, Solshenitsin propone la supresión de la censura. Denuncia a la Unión no solamente por no haber defendido a sus compañeros, sino

²⁴ Cfr. *Omaggio a Sacharov. Testi dalla Russia* (a cura di A. Babenysev, R. Lert, E. Pecuro y V. Korotelskij; introducción de Heinrich Böll), Ed. Arte e Pensiero, Firenze, 1982, pág. 247; *Habla Sajarov* (prólogo de Harrison E. Salisbury), Ed. Noguer, Barcelona, 1975, pág. 229.

por «haberse colocado, en primer lugar, entre los perseguidores». Denuncia la circulación restringida de su novela «El primer círculo» (impresionante la presencia de Dante en la conciencia de escritores de clase, como Solshenitsin y Mandelstam), exclusivamente en las filas de la «nomenclatura» soviética. Denuncia la confiscación de sus manuscritos y el manejo de las calumnias contra él. Niega cualquier contacto en aquel momento con el extranjero. Cien escritores le apoyan. Kaverin acusa a Fedin de haberse opuesto a la publicación de «El pabellón del cáncer». Recalcando: «Esto quiere decir que la novela se reducirá a los miles de ejemplares que pasarán de mano en mano y se venderán, según parece, a precio muy alto. Significa que será publicada en el extranjero. La daremos al público de lectores de Italia, Francia, Inglaterra, Alemania Occidental y con ello ocurrirá lo que repetida y enérgicamente ha denunciado el mismo Solshenitsin». En la célebre sesión del 22 de septiembre de 1967, Solshenitsin declara: «No he ido nunca al extranjero y mi vida no me concederá tiempo para conocerlo. No comprendo cómo se puede ser tan sensible a lo que concierne al extranjero y no serlo a lo que concierne al propio país, a la opinión pública que se tiene ante sí. Toda mi vida está aquí. En la tierra patria. Escucho sólo sus dolores y no escribo más que sobre ello». Las réplicas oficiales y conformistas no se hacen tampoco esperar. «A través de nuestra obra nosotros defendemos a nuestro gobierno, a nuestro partido, a nuestro pueblo» (Kornechuk). «Nosotros somos también soldados» (el mismo). «Usted debe pronunciarse públicamente y atacar a la propaganda occidental. Combata usted a los enemigos de nuestro pueblo» (Fedin). «El autor debe recordar sus deberes con la organización que lo ha enaltecido» (Kojevnikov). «Las obras de Solshenitsin son más peligrosas para nosotros que las de Pasternak» (Surkov). A propósito de «Pabellón del cáncer»: «No se puede escribir una novela como ésta. Sin un rayo de luz» (Abdomomumov). «La gente está indignada de que haya un escritor semejante en la Unión. Propongo que se le excluya» (Jashen). Al preguntársele al escritor para qué sirven sus protestas, contesta: «Ellas sirven a la literatura nacional». Sirven para que «la literatura no sea reducida a tal estado que las obras literarias sean mercancía aprovechable al primer traficante provisto de pasaporte. Las obras de nuestros autores deben ser publicadas en nuestro país y no dejarlas presa de los editores extranjeros.»

X

En julio de 1971, el V Congreso de Escritores de la URSS, recordando el momento inaugural del 1934, recogía los principios de la política del partido en materia de cultura y recalca los principios dogmáticos del «realismo socialista». Las tesis oficiales en aquella ocasión fueron defendidas por Sojolov, Chacovsky, el poeta Tijonov, Ocharenko, Markov. No sonó ninguna voz disconforme. Todo en votación «abierta». El vendaval Solshenitsin parecía haber pasado. Pero no ha sido así. La llama encendida de la disidencia iba a pasar de manos de un escritor enviado a consumir su gloria fuera de Rusia, a un gran físico, el Premio Nobel de la Paz Andrei Sajarov. La suya es otra página de marca en el fenómeno de la disidencia, que esta vez irá adquiriendo formas más concretas cuyas implicaciones políticas tendrán acentos cada